**Domingo 29º del Tiempo Ordinario (A). 22.10.2017: Mateo 22,15-21.**

***“Sabemos que eres sincero… Hipócritas”*. Y yo lo escribo… ¡CONTIGO!**

Después de cinco domingos con sus cinco correspondientes parábolas, el relato evangélico nos sitúa a cada cual en su sitio, valga la repetición. Quiero decir que el veintidós de octubre no tenemos parábola y sí un encuentro entre personas en el corazón de Jerusalén y de su Templo: *“Los fariseos se pusieron de acuerdo para encontrar en las palabras de Jesús algún motivo para acusarlo y le enviaron algunos de sus discípulos con los partidarios de Herodes…”* (Mateo 22,15-16).

Fariseos, herodianos y Jesús de Nazaret, los protagonistas del encuentro. Un encuentro tripartito como éste, si no he leído mal los cuatro Evangelios, sólo acontece en este contexto del Templo, según el narrador Mateo, y un sábado al salir de una sinagoga de Galilea, según la narradora María Magdalena (Marcos 3,1-6).

En ambos casos son los fariseos -judíos religiosos y nacionalistas del nacional judaísmo- quienes se alían con los seguidores de Herodes con un único objetivo: acabar, sea como sea, con Jesús de Nazaret. Y la trampa de este proyecto asesino era hablar de la Ley religiosa de Israel y de los impuestos que se le deben entregar a su Dios, que es uno, el suyo y el verdadero. Yavé, el de Moisés. No otro, aunque sea el dios de un imperio. Un César.

En este contexto de intereses socio-religioso-económicos está bien clara la razón por la que los fariseos deseaban acabar con aquel Jesús de Nazaret. Estos fariseos, irónicamente, proclaman que Jesús es un maestro, con cátedra incluida. Pero esta sabiduría de la cátedra de Jesús es una blasfemia para los fariseos, abanderados de la dogmática de la Ley de Moisés.

Creo que estas gentes le tenían ganas a Jesús, sobre todo, desde que le oyeron aquello de *‘ésta es toda la Ley y los Profetas: todo cuanto deseas que te hagan los demás, házselo a ellos’* (Mateo 7,12, corazón del primer discurso, Mateo 5,1 a 7,28, que pone este evangelista en labios de su Jesús). Aquellos hipócritas llamaban ‘maestro’ a quién consideraban un ‘hereje y blasfemo’.

Y hoy siguen sucediéndose hechos como este del tripartito del Evangelio. En toda institucionalización figura el poder como uno de los aglutinantes imprescindibles. Y así sucede siempre en toda Religión, institucionalización de una o de otra experiencia de creer. En la Religión en la que se ha institucionalizado nuestra Iglesia de católicos nunca ha dejado de existir la obsesión farisea por la ortodoxia del decir y del hacer. ¿Acaso se nos olvida que existió, entre otras cátedras de poder y de saber, una Inquisición… que no deja de respirar?

¿De qué manera o en qué lugar de sus mentes, archivaron aquellos fariseos y herodianos ese mensaje de ‘dad al César lo del César y a Dios lo de Dios’ que el Evangelista puso en boca de su Jesús? Creo que en el mismo lugar y de manera semejante a como nos lo archivamos hoy cuando nos lo leemos como quien se bebe un vaso de agua. Ese César y ese Dios siguen ahí y cada uno exige su tributo. Pero para este Jesús de Mateo, lo recordaré cuantas veces sean necesarias, sólo es válido, sabio y liberador ese ‘haz al otro cuanto deseas que el otro te haga’.

**Domingo 48º del Evangelio de Marcos (22.10.2017): Marcos 14,32-72.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7).**

Leímos y comentamos ya las siete primeras unidades literario-teológicas que nos dejó escritas la sapiencia de la narradora del capítulo decimocuarto del Evangelio de Marcos. Y en este comentario presento las cuatro últimas de estas once unidades que giran todas alrededor de su centro que es Mc 14,22-25. No sé si su autora deseó elaborar una perfecta palindromía. Pero sí parece seguro que ella se sirvió de este género literario para contarnos quienes condenaron a muerte a Jesús y quiénes se entregaron como aceptó compartirse este Jesús.

La octava unidad de este capítulo (Marcos 14,32-42) acontece en el huerto de Getsemaní o de los Olivos. Desde el lugar de la cena de pascua o de la despedida y en las horas de la noche, los comensales se han dirigido a este huerto o jardín en el que no sabemos muy bien qué y cómo sucedió lo que describe Marcos y lo que describen los demás Evangelistas. Una cosa parece muy cierta e histórica: a Jesús de Nazaret le ha llegado la hora (14,41).

La novena unidad (Marcos 14,41-52) también sucede en este mismo huerto y también encontramos muchas y significativas diferencias en las cuatros narraciones evangélicas. Quienes han decidido acabar con Jesús están aquí presentes. En persona, como el propio Judas, o en la persona de sus obedientes enviados como los soldados apresadores. Y sólo en este Evangelio se habla con claridad de dos datos: *“Todos abandonaron a Jesús y huyeron. Un joven le seguía cubierto solo con un lienzo. Le detienen, pero él dejando el lienzo, escapó desnudo”* (14,50-52). Todavía hoy siguen los investigadores buscando la identidad del joven. Que ninguno olvidemos esto tan explícito de que ‘todos abandonaron a Jesús y huyeron’.

La décima unidad (Marcos 14,53-65) es el juicio público que las autoridades religiosas realizan a Jesús y que el narrador certifica como la acusación que el propio Jesús les hace. Una acusación que se realiza sólo con el silencio. Esta tan clara la pretensión de la autoridad de la Religión que, sea como sea, se hará lo que ella decida. La apariencia de legalidad es sólo una burda apariencia mentirosa. El Sumo Sacerdote y Jesús de Nazaret. Frente a frente. Ante él y ante cualquier suprema autoridad religiosa, Jesús siempre acaba condenado.

La undécima y última de las unidades de este capítulo (Marcos 14,66-72) es una narración empapada de una imposible ternura: la consumación de las negaciones de Pedro ante una mujer del servicio. Dos servidores frente a frente. Pedro, el Satanás del mesías Jesús (Marcos 8,27-33), y una de las muchas servidoras del Sumo Sacerdote.

Si esta última secuencia del relato se lee en paralelo y a la vez que la primera (14,1-2) se puede constatar que aquellas autoridades religiosas buscaban modos y razones para eliminar a Jesús y éstas las llegan a encontrar en el mismísimo Pedro. Parece increíble, pero es tan real… Pedro también abandonó a Jesús: *”Yo no conozco a ese hombre del que me hablan”* (Marcos 14,71).

Las últimas líneas del comentario son para ‘las mujeres’, que no abandonan a Jesús, ya que *“desde lejos contemplaban cómo Jesús moría en la cruz lanzando un fuerte grito. Entre ellas, María Magdalena… que le habían seguido y servido desde cuando estaba en Galilea”* (15,37ss).